

MÁS ALLÁ DE LAS VULGARES SUGESTIONES

Para los que tienen oídos y no oyen; para los que tienen ojos y no ven...

«Sorprendió a LA TIERRA HIDALGA en el tráfico de su camino un huracán destructor de tanta ostensible impudicia como estragaba la vida civil, y la coincidencia iconoclasta del propósito no regocijó a su pluma, porque el escorial de las ruinas enterraba a la esperanza, y todo rodaba hacia los caminos andados y oscuros de las viejas patologías colectivas...»

Y al margen espera, al margen de tanta mixtificación, en donde yace la sensibilidad pública, espera LA TIERRA HIDALGA ver pasar un día la convulsión definitiva.

ARTURO CÓMEZ-LOBO.—LA TIERRA HIDALGA.

De entre el caudal halagador de parabienes que pública y privadamente ha sonado en nuestros oídos con ocasión del primer aniversario de LA TIERRA HIDALGA, juzgamos oportuno—de una crítica oportuna ejemplarísima—destacar las palabras consignadas a la cabeza de este artículo, «pertinentes al cordial y breve brindis que, inserto en nuestro número anterior, nos dedicaba el exquisito literato, Presidente del Ateneo de Ciudad Real, Arturo Gómez-Lobo, singularizándonos con ellas una doble cualidad de su espíritu: la clara y exacta percepción de las claras y exactas realidades del momento, y la viril y arrogante independencia para exponerlas gentilmente.

Las palabras, certeras e inspiradas, de nuestro ilustrado colaborador, nos han provocado en el ánimo una sensación contradictoria; por una parte—en cuanto entrañan para nosotros un encomio, de reconocimiento limitado; por otra parte—en cuanto significan desesperanzas y letargos, encallescimientos cívicos y derrotas idealistas—de desencantados pesimismo, de amargas indolencias... Y esta última impresión—desencanto, pesimismo, amargura, indolencia—que ya reflejó LA TIERRA HIDALGA en distintas ocasiones, profundamente condolidas ante la deplorable y pertinaz indiferencia del sensorio público adormido, es la que hoy, acaso sólo hoy, pero con una gran intensidad sangrante, vuelve a caer sobre sus páginas, como la intermitente y densa sombra de un aleteo trémulo y fatidico...

Todo desolador...
Oídos sordos a los ruidos elocuentes...
Ojos ciegos a la meridiana claridad...
Entendimientos vanos o cobardes, hostiles a la comprensión o despojados del valor de comprender...
Voces irresolutas, apagadas...
Inversión de valores...
Recundidad decorativa...
Regresión de aparentes progresiones...
Y enredador de todo, silencio estéril de grandioso páramo, quietud de fuente muda, insensibilidades de árbol seco...

Los nuevos reclutas han jurado la bandera, los nuevos concejales se han posesionado de sus cargos, la nueva ley municipal ha sido puesta en vigor, en toda España—murmura a nuestro lado una voz amiga con la que solemos dialogar frecuentemente—, ya lo ves, todo es nuevo, todo viene impregnado de un aire de renovación; dírase que todo triunfa con las auras primaverales de Abril...

—Todo...—hemos replicado humildemente.
—Todo, sí, todo; pero no un «todo» descoyuntado y triste, como el que escucho de tus labios, sino un «todo» enérgico, definitivo, contundente... ¡Hay que tener fe en los redentores...!

—Vengan todos los redentores que gusten; pero por encima de ellos, eternamente, inexorablemente, la vida será idéntica; una mezcla de sensualismo y de «miseria», de lucha inútil contra el mal y de humillaciones estigmáticas al poder de los más fuertes... Estamos convencidos—con Lemmon—de que al besar el pedestal de los ídolos, de los redentores, de los héroes, notamos que son de barro...

—No puede ocurrirse así; las apologías de la Historia y los sanos principios de la Moral, desmienten tus afirmaciones...

—Según el concepto que nos merezca la Historia; según el criterio que sustentemos de la Moral. La Historia, la define Federico Nietzsche, el genialísimo filósofo, como «el ruido formado alrededor de algunos hechos». Esta definición es general; de modo que particularizada a un país, a un trozo de tierra, será la Historia «el pequeño ruido formado alrededor de algunos pequeños hechos». En cuanto a la Moral, es un postulado que se presta a muy diversos raciocinios; en mi opinión, es un resabio atávico y meramente circunstancial, que se encuentra agarrado, como una hiedra, a lo más artificioso de nuestra naturaleza y que nos sirve para motejar las acciones ajenas sin detenernos a analizar las propias en un escrupuloso análisis... Hay que mantener una fina mirada cautelosa para marcar la raya divisoria que nos separe convenientemente de los especuladores de la Historia y de los ámbitos de la Moral que pretenden, habiéndonos «ex-cátedra», ejercer el monopolio de «su caduco dogmatismo»...

—Tu manera de enjuiciar no tiene nada de patriótica; ya te he dicho antes, y ahora te

repito, que todo aparece saturado de un aliento de renovación; que los nuevos reclutas, los que en la liza se batirán con heroísmo...

—Sí, sí, ya me lo has dicho, han jurado la bandera, y que los nuevos concejales se han posesionado de sus cargos, y que la nueva ley municipal ha sido puesta en vigor en toda España... ¡Entérate! El patriotismo a que acabas de aludir, en primer término, no es el verdadero patriotismo; la esencia del positivo patriotismo, pasa para el vulgo incomprendido... No considero atinado, en este instante, exponerte el patriotismo que Maupassant nos puntualiza; es preferible, indiscutiblemente preferible, doblar sin remisión la hoja con una reverente pulcritud... Por otra parte, meditando unos segundos, solo unos segundos, en el origen medular, intrínseco, de los entusiasmos colectivos, de los espejismos humanos, obsérvese al punto que obedecen a un indefinido impulso de obrar, a una innata consecuencia de vida...

—Y a un deliberado propósito de vuestra voluntad soberana...

—¡La voluntad soberana! Es sin duda una ilusión brillante que la fuerza de los hechos consumados ha desvaído en gran medida, porque no constituyendo la Humanidad, en el fondo, sino el superior grado de animalidad, como dice Augusto Comte, las más diversas manifestaciones de su torpe actividad, han de hayar, en biología, necesariamente, su primer bosquejo...

—Entonces...

—Ya lo ves... Haciendo con detenimiento la disección de muchos «entusiasmos» humanos, de muchas jerigonzas humanas, tenemos que pensar—con una leve sonrisa desdeñosa—en los bandos de golondrinas que emigran, en las ramas que se renuevan fatalmente, en la ponzoña de las flores venenosas, en los largos cordones de hormigas extendidos procesionalmente por el suelo, en las abejas agresivas, en las manadas fómicas de lobos que despedazan a los caminantes indefensos, en toda la barahunda terrible, desenfundada, aturridora, que pugna por revolverse, enloquecida o imbecilizada, en un vórtice maldito de egoísmos, de perversidades y de hipocresías...

—Ahí tienes con lo que nunca he transigido; con la falsía y los falsarios, con la hipocresía y los hipócritas...

—Pues los hipócritas, ¡convéncetel, lo llevan todo... De ellos dijo Sophar, que «su cántico es de breves compases, que su alegría luego que se despliega se cierra, y que puede ser que florezcan, pero no que persevere el engaño de su flor»...

—¡Ahora no disintamos...!

Dando al olvido la desilusión de su experiencia, en un derroche luminoso de generosidad inagotable, LA TIERRA HIDALGA seguirá briosamente combatiendo, aunque se halle a menudo convencida de la gran inutilidad de los esfuerzos, de las aspiraciones, de las inquietudes y de los sacrificios humanos, harto efímeros a poco que se les examine, y llamados a perecer en el oscuro oleaje de los días aún remotos, en el futuro ciclón de las horas aún lejanas...

La multitud, en sus ignaros clamoreos, no consigue seducirnos. Las multitudes son vacías, inconscientes, veleidosas... Su griterío aturde; su contacto mareta... Mientras el instinto de la muchedumbre no se forje en otro yunque, estaremos siempre situados más allá de sus vulgares sugerencias... Y conste que no concebimos la avalancha como un enjambre de ciudadanos harapientos, como una montaña miserable de chaquetas mugrientas y blusas desgarradas... En las multitudes a que nosotros hacemos referencia, van incluidos los «analfabetos ilustrados», los «señoritos» de camisa limpia y pensamiento huero, los «personajes» de lustradas botas y de turbias conciencias, los «caballeros» de enojadas manos y de mezquinos sentimientos, los que saben vivir por cuenta ajena y no saben disculpar por cuenta propia; los que tienen oídos y no oyen, o no quieren decidirse a oír, y los que tienen ojos y no ven, o no quieren demostrar que ven...

A todos, sin preferencias ni exclusivismos —y mientras llega «la convulsión definitiva»—consagramos, leal y honradamente, el desahogado contenido de estas acibaradas reflexiones...

Y tal vez demasiado expresivas.

Manuel CAMACHO BENYTES.

VINETAS SENTIMENTALES

UNA VIDA

Nemo me ducimus decoret neque funera fletu.

Fáxit:

ENNIO.

Don Lucio es un viejo, muy viejo, que se va consumiendo en una senectud pácida y sentimental. El mayor enemigo de su vida en declive, es la memoria, ese pequeño e implacable insectillo que nos va royendo; la memoria en este viejo sentimental está plena de remembranzas, de recuerdos, de pedacitos de otros días que al reflejarse desde lo interno, en sus pupilas, las aureolan con una lucecita mortecina, de melancolía, y las nimbán con el círculo precursor del eterno sueño.

—«En mi tiempo...»—tiembla la vocellita de Don Lucio. Y en su tiempo—nos cuenta el viejo—sucedian las cosas de diferente modo a como suceden hoy.

Nos va detallando episodios por él vividos, con su vocellita tamborosa e incierta; episodios insignificantes de una vida minúscula; escenas sin importancia, pero que en su vida fueron grandes lagunas de dolor o de alegría; su alma tiembla como su voz, con el recuerdo. Su narración, ingenua y sentimental parece patinada por el tiempo, como los daguerrotipos que se olvidan en el fondo de algún armario polvoriento...

Ante este vi-jo bueno y sentimental, hemos sentido la poesía que encierra su vida parva e insignificante y hemos previsto una íntima tragedia desconocida.

Don Lucio es uno de esos viejos que no hacen nada y sirven para todo. Su actividad—acaso de insecto—se extiende con solicitud sobre todo lo que rodea su vida; a veces parcos filantropía, a veces, oficiosidad.

Este buen viejo melancólico, vive en una antigua, pequeña, polvorienta ciudad en la Castilla fuerte y brava.

Tiene una carita pequeña, aguda; una boca blanca, grande y una nariz en punta. Los labios sonrosados, se mueven al conjuro de las palabras susurrantes, bajo el pequeño bigote cano. Los ojos le brillan extrañamente tras el cristal de los espejuelos.

Es pequeño, delgado; las manos blancas y nobles, cruzadas por la red de las venas lapiz azules, accionan breve y sentenciosamente. Es pulcro, alegre y decidido. Lleva siempre una blanca camisa de hilo, manchada por el plafón de la corbata antigua. Lleva—en invierno, en verano—botas de paño, cómodas y holgadas; unos pantalones patinados por el capello; y un chaquet—esa prenda que hizo las delicias de nuestras abuelas—borderdo por un luciente filete de agremán. Como cúpula de este minúsculo y bondadoso señor, se destaca siempre—en invierno, en verano—un sombrero hongo inmortal...

Es de buena condición. Sus padres acaso fueron hacendados; él, acaso estudiase en cualquier Universidad; fuese catedrático de latín de cualquier Instituto castellano y a la implacable jubilación viniese a este pueblo luminoso, pequeño y polvoriento, de la Castilla fuerte y brava, a vivir sus pocos días con las rentas de su pequeño patrimonio.

Es culto D. Lucio. Muchos días soleados se le ve por la recta carretera bordeada de acacias y álamos discurrir con un viejo libro entre las manos. En el pueblo nadie sabe lo que dice en el libro aquel. Don Lucio va leyendo y sus labios sonrosaditos van murmurando:

«Itaque adulescentes mihi mori sic videntur, ut cum aquae multitudine flammae vis opprimitur, senes autem sic, ut cum sua sponte nulla adhibita vi consumpsit ignis extinguuntur...»

Don Lucio vive solo. No tiene allegados. La vieja fámula tradicional va y viene por la casa con sus pasitos menudos y silenciosos. Arregla la pequeña alcoba, limpia el comedor grato, pone en orden la minúscula cocina, guisa, barre, fríe, da de comer a los palomos y canarios; espanta el grano para las gallinas; sube al pequeño sobrado, tiende la ropa en la solana; da vuelta a las pequeñas orzas vi-driadas que se alinean en la despensa y da voces—unas voces cariñosas—a los ladrones del espacio que picotean aquí y allá, en la parra, en la frondosa higuera. Luego, cuando ha acabado su labor coloca sobre las mesas, en búcaros de cristal, las flores que D. Lucio cultiva en el pequeño y soleado huerto. En la casa reina

el orden, impera el silencio. La precede el zaguán, empedrado de pequeños guijos; a la derecha está la alcoba, con su cama enmedio, alta, ancha y blanca; con su cómoda barnizada, con su crucifijo de hueso patinado, románico...

En las paredes encajadas se observan varias litografías con escenas diversas, y algún grabado en madera. Sobre la cómoda, bajo campanas de cristal hay dos imágenes, adornadas con flores artificiales. Por doquier hay detalles de la ingenua condición del alma de Don Lucio.

A la izquierda del zaguán, resonante, se abre el comedor, con su reja florida sobre el patio, tapizada por una progresiva pasionaria; de la pasionaria, penden a veces rojas esferas aterciopeladas, como de fuego. Al fondo está el huerto; oasis en la aridez y monotonía del vivir del buen viejo. Allí triunfan los rojos geránios de terciopelo en los tarros de arcilla; los claveles sensuales en los arriates verdeantes; las azucenas ponen su nota casta junto a las azarbes por donde corre el agua cristalina, murmurante. El peral tiembla, frondoso, bajo el peso de los frutos, la morera ubérrima abre las anchas hojas y la parra deja caer su sombra propicia sobre el suelo en caprichosos cambiantes.

Don Lucio va, viene, se encorba, mulla la tierra al pie del granado, riega el mazo donde nacen los pensamientos, poda los zarzillos... Por último, a sus labios se asoma una sonrisa y sus ojos se inundan de melancolía...

Las campanas de la iglesia tocan pausadas, tristes... Lejos, se oye el tintín de una esquila. Hay duelo en la ciudad. Alguien ha muerto.

Se ve marchar a los hombres, como endomingados, a la casa mortuoria. En los rostros hay un gesto de tristeza resignada. Se habla del muerto. Se narran sus cosas, se recuerda su vida. Todos los hombres tienen el mismo gesto de tristeza. Se ha ido el amigo, el deudo...

Cuando alguien muere en el pueblo Don Lucio siente un ligero estremecimiento a lo largo de la piel. No es que le imponga la muerte. Don Lucio no tiene miedo al morir. Sabe que el pánico a las cosas fatales e inexorables es absurdo. El va el pri nero a la casa del muerto. La casa está triste, desolada. El con su sonrisita melancólica, quiere consolar a los que lloran...

—«Hoy unos, mañana otros, siempre todos, todos lo haremos»—exclama Don Lucio—y mueve de un lado a otro su cabecita blanca, agobada por los años.

El viejo no tiene miedo a la muerte. El la ha visto; ha visto el gesto y es tan dulce... Si no fuera por la estela de dolor que deja, sería un tránsito agradable. Don Lucio sabe que él no dejará esa estela de dolor y de lágrimas.

Se organiza la comitiva fúnebre. Don Lucio, sea quien sea el muerto, siempre le acompaña hasta la última morada.

Se incluye en el duelo como un deudo, como un amigo; todos somos hermanos ante la muerte. No deja de ir a ningún entierro. Como su muerte—él lo sabe—está próxima, es forzoso acompañar a los que nos esperan al otro lado. Y cuando la tierra ha cubierto los despojos de la vida, Don Lucio se quita su hongo inmortal y musita una oración...

Un día la vieja fámula se levanta. Los pájaros ya trinan en la parra, picoteando aquí y allá. Los geráneos, las azucenas, los claveles embalsaman el puro aire temprano. Una campana llama a misa. Lejos responde otra, argentina, de un convento. Las voces de los vendedores se alzan en el silencio de la ciudad castellana.

Don Lucio duerme. La vieja criada, va, viene, sube al sobrado, trajina en la despensa; aseá el pequeño comedor; da cal al encendido del zaguán. Prepara el desayuno del señor. Transcurren unos minutos. Transcurre una hora. Don Lucio hoy se retrasa. Es madrugador. Mas hoy habrá que despertarle. Da unos golpecitos en la puerta de la alcoba. Don Lucio duerme. Pasa más tiempo. La vieja criada llama de nuevo, ahora entreabriendo la puerta. Se ve en la sombra de la alcoba como un rayo de sol, dorado y brillante, apuñala como un florete la oscuridad.

«Buen sueño!»... La puerta lanza un leve chirrido. «Don Lucio; señor; es tarde». No contesta. Pasa a la alcoba; se aproxima al amplo y mullido lecho. Vuelve a llamar con su tenue vocellita, cascada y temblorosa. Una extraña y tenue inquietud turba a la antigua y fiel criada. Abre las contraventanas—esas contraventanas

recias, grandes, de cuarterenas—; el júbilo de la luz castellana invade la alcoba. Mira al lecho. El viejo está allí, todo quieto; los párpados, entreabiertos, dejan escapar una rayita de luz, un poco vidriada. La sorpresa en sus labios se ha cristalizado. Don Lucio ha entrado en el gran sueño con su eterna sonrisita, indulgente y alegre... Acaso recitando los versos de Eunuco.

«Nemo me ducimus decoret neque funera fletu.

Fáxit:

Nadie me engalane la muerte con sus lágrimas; nadie en mis exequias me riegue con su llanto.

Don Lucio se va solo. Solo. Tras el coche fúnebre a tumbos por la calle plana, silenciosa y soleada, no va alma alguna...

Alguien se descubre torpemente; al pasar. Alguien se detiene, curioso, a preguntar quién es el muerto. Alguien asiente con la cabeza, recordando al pronto.

Y Don Lucio se va solo. Solo. Por el gran camino sin fin...

FRANCISCO TOLSADA.

PAJARITAS DE PAPEL

Las mañanitas de Abril

Siguió un adagio reza, con penetración sutil, estimulan la pereza «Las mañanitas de Abril», y es dulce, en ellas, «sornar» con profunda somnolencia, o por lo menos, estar en una semi-inconsciencia.

Será muy confortador, muy higiénico y muy sano ser un gran madrugador, como Alonso de Quijano; pero a mí que no me dé, ni en broma, los madrugones, cuando se pasa tan bien dando «coba» a los colchones, con delectación morbosa, sábarita y sensual; rozando la deleitosa posición horizontal.

Francamente, ¡no hay derecho para hacer que un ciudadano abandone el «casto lecho» por la mañana temprano!

Comprando que, con desgana, se levante, remolón, aquel que muy de mañana, tenga alguna obligación; pero que haya quien, osado, deje el «catre» a toda prisa solo por ir al mercado a ver la compra, o a misa, es cosa que no concibo, porque no puedo admitir, que por tan «futil» motivo deje un hombre de dormir; y con justeza ejemplar dire un refrán castellano: ¡«No por mucho madrugar, amanece más temprano»...!

Tienen un grato sabor las «mañanitas de Abril», cuando hacemos el amor a una chiquilla gentil, y en su deambular diario, nuestra pasión mansa y queda, busca el parque solitario o la frondosa alameda, donde, con todo descuido, sin miradas indiscretas, ocasión tenga Cupido de disparar sus saetas, sin que sea inoportuna, en tan singular porfía, la habitual presencia de una «señora de compañía»; porque son, en mi sentir, modelos de discreción, que el sueño saben fingir, cuando llega la ocasión, y hasta adoptarán también esa medida discreta, pensando, ¡ojos que no ven, corazón que no se inquieta!, pues no obstante su anormal tipo, pseudo femenino, sienten pasiones, igual que cada hija de vecino...

A pesar de los encantos anotados, y otros mil, producen hondos quebrantos las «mañanitas de Abril», porque viene a lo mejor una helada maldición, y se queda el labrador con la cosecha perdida...

TERESA ALMODOVAR.